

Critica oct 1956

El Caballero de Paris

POR DON RELES

Para ser "caballero" hay que tener dinero. Sin embargo, para tener dinero, muchas veces lo que más ayuda es no ser un caballero. Esto luce un acertijo en verso pero no es más que la pura verdad. Empero, para ser un "Caballero... de París" se requieren dos factores primordiales; un almacén de sueños y un depósito de piojos. El almacén de sueños se consigue estando loco que es la forma ideal del soñador absoluto, y el depósito de piojos se incuba durmiendo en los parques, aceras y portales a falta de un techo propio. Esta frase hecha resulta falsa en la mayor parte de los casos, porque nuestro techo es propio... del casero. Individuo que casualmente siempre desaparece cuando queremos hablarle de alguna reparación.

Otros elementos de importancia para encarnar un justo "Caballero de París" son un pintoresco atuendo y un exceso capilar. Su hirsuta cabellera tiene carácter de símbolo, no ya de abandono o de desaseo, sino a la típica usanza de aquellos hidalgos de nobles maneras y actitud gallarda que, florete en ristre, saldaban sus deudas. El pelo largo en la testa del varón ha sido limitado en nuestro tiempo a las cortes inglesas, y para eso en forma de peluca. La peluca es la dentadura postiza del calvo. Y como ella; se quita y se pone a voluntad del poseedor, sustituye la falta de algo que tuvimos de niño, y pasa la noche junto a nuestra cama, sobre una mesita.

La raída capa de nuestro espartano amigo nos recuerda los días infantiles; aquellos en que la imaginación nos convertía en el "Superman" de la pandilla... gracias a la sobrecama de mamá echada sobre los hombros. No obstante, la característica vital que refleja el conjunto relatado es un romanticismo rezagado. Diríase, equivocado de siglo. Un injerto de Quijote, sin Sancho y sin panza, en un mundo realista. Su conducta demente afrontando los gastos hechos en unión de sus amigos, negándose a transigir con cualquier tipo de prebenda, o, lanzando flores al pie de los monumentos, no

puede ser cuerda, no puede ser normal; lo "sensato", lo "juicioso" es abrumar al conocido con gallos tapados de relojes pulseras, pisotear los principios para obtener un gaje o utilizar el pedestal del patriota para "darnos un mate" con la novia de turno. Un defecto capital del personaje que nos ocupa es su tendencia a la poesía, ¿cómo concebir tal cosa si el tipo de verso que gusta es aquél que leímos una vez en el servicio del cine de barrio y que dice más o menos: En este lugar sagrado, adonde acude tanta gente...

El "Caballero de París" es tan típico del folklore nacional que si algún día —¡Dios no lo quiera!— dejásemos de verlo, nos haría el efecto del desplome del Morro o la supresión del Prado. ¡Qué sería de los vendedores de postales para turis-

tas sin la farola del Morro o de los pájaros del Prado sin el tradicional Paseo! Una Habana carente de todo esto es tan inconcebible como un solar sin chancletas de madera. La chancleta de madera, pariente pobre de la chinela de andar por casa, lo mismo sirve para ir al baño que a la vidriera de apuntación de la esquina a ponerle una peseta a la cachimba. Con pase para el ratón. Porque anoche tuvo una terrible pesadilla. Iba a sacar la cachimba del marido de la gaveta donde la guarda y al meter la mano le saltó un guayabito. No hay escache; el parlé está claro.

Es de notar en "El Caballero de París" su acendrada convicción religiosa. Fe pura que le induce a referirse a Dios en frecuentes ocasiones. A propósito de esto conozco de él una anécdota que ilustra hasta qué punto lleva su devoción. Cierta domingo por la mañana, a esa hora temprana en que le tiran el periódico y va a caer en el balcón del vecino de abajo, estaba "El Caballero de París" disponiéndose al baño. Salvo la palabra "baño" asociada a nuestro amigo nada anormal hay en lo dicho. Ahora bien, lo despampanante del asunto es el instrumento escogido para la ablución: un hidrante de la vía pública. Comenzó a despojarse de sus prendas y al ir por la camiseta intervino un policía. Que el agente del orden era recién llegado a La Habana, se puso de manifiesto cuando se hizo necesaria la explicación de los curiosos ocasionales para evitar que el "... de París" fuese a dar con sus huesos a la cárcel. Interesados todos (principalmente el vigilante) por conocer la causa de aquel afán de limpieza, el protagonista del espectáculo incidente afirmó con voz serena: Esta agua me la brindó el alcalde para que yo me aseara antes de entrar en la iglesia.

Cuántas almas acuden al templo para humedecerse en la otra agua (la bendita) y no llegan ni siquiera como "El Caballero..." en el anterior relato a despojarse no ya de



EL CABALLERO...

(Continuación)

las piezas exteriores pero tampoco de su equivalencia en el aspecto espiritual, o sea, los prejuicios, vicios y defectos más visibles... o de afuera. De afuera de toda norma ética. Son esos mismos que van a misa a desesperarse porque el sermón se dilata un poco y les demora el viaje a la playa. Ya van con camisas floreadas los hombres y pantalones las mujeres. ¡Qué inversión de sexos! También son los mismos que repiten todos los domingos: Tengo que ir a la iglesia temprano, pero no es el mismo "Tengo" del 'tengo que comer', producido por instinto, sino el del "tengo que pagar", pronunciado mecánicamente por deber. Por deber moral y por deber... lo que se ha comido.

Como colofón de estos ligeros conceptos sobre el iluso cruzado de atildadas maneras y gallardas acciones voy a hacerles una importante confidencia. Pero, prométanme que no saldrá de los confines del mundo. ¿Convenido? Pues bien, ahí va eso: yo no tengo que envidiarle nada al "Caballero de París" porque soy, nada menos que, Napoleón Bonaparte.

